SUPLEMENTO ESPECIAL DE PAGINA/12



RUTA 40

Argentina de punta a punta

Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 12/11/2006.


La Trochita cruza el paisaje patagónico bordeado por cordones montañosos.


El Glaciar Perito Moreno: una de las grandes maravillas de la naturaleza de Argen


La imponente cumbre del Cerro Fitz Roy domina la zona de El Chaltén.

CABO VIRGENES

Del Kilómetro "0" a la fiebre del oro

Era un 21 de octubre de 1521, fecha en la que el santoral católico celebraba el día de las "Once Mil Vírgenes", cuando Hernando de Magallanes pisó, por primera vez, el extremo más austral del territorio continental argentino. En ese lugar nació la primera fundación de la Patagonia argentina, a la que llamaron Antigua Ciudad del Nombre de Jesús, pero la dureza del clima, la dificultad para obtener alimentos y numerosas calamidades arrasaron con la escasa población. Tanto dramatismo tenía esta historia que en 1857 el corsario Thomas Cavendish le puso el nombre de "Port Famine", Puerto Hambre.

Diez años más tarde comenzó a despertarse la fiebre del oro, al encontrarse pepitas del preciado metal mezcladas con la arena. En pocos meses, el lugar se convirtió en un núcleo poblado donde proliferaban los campamentos mineros, los comercios, talleres y maquinarias para el lavado de oro. No fue más que una quimera, porque el mineral no era tan abundante como se esperaba, y poco a poco el viento y la soledad barrieron con los sueños de aquellos aventureros.

En la punta de cabo Vírgenes existe un antiguo faro, construido en 1904 para guiar a los navegantes a su entrada al estrecho de Magallanes. En las costas habita una de las colonias más importantes de pingüinos magallánicos, que contrastan con el paisaje interrumpido por las torres de las instalaciones petroleras. A sólo 130 kilómetros de la ciudad de Río Gallegos se levanta un sencillo mojón que indica el Kilómetro "0" y propone al viajero una experiencia mágica y diferente: conocer la Argentina de Sur a Norte recorriendo la Ruta 40, columna vertebral de este país de maravillas.

DE SUR A NORTE

Travesía por

La Ruta Nacional 40 es la más larga, rica y variada del país. Compañera de los Andes, se extiende desde cabo Vírgenes, en Santa Cruz, hasta La Quiaca, en la Puna jujeña, y a lo largo de unos 5000 kilómetros hermana once provincias de la Patagonia, Cuyo y el Noroeste. En los últimos años, este camino insospechado, que recorre paisajes, culturas y tradiciones diferentes, comienza a convertirse en uno de los ejes turísticos más importantes de la Argentina.



Para el viajero, una ruta debe ser algo más que un simple recorrido por paisajes atractivos. Cada lugar del país esconde una historia particular, cada pueblo conserva costumbres que se han transmitido de padres a hijos, cada celebración expresa el sentimiento local de lo colectivo. La Ruta 40 no escapa a esta posibilidad de ser vivida desde otra mirada: de sur a norte o de norte a sur, encierra pequeñas y grandes historias nacidas hace miles de años o hace pocas décadas. No existe un solo lugar en este trayecto donde se hayan perdido por completo las raíces de los pueblos que lo habitaron desde siempre. Onas y tehuelches, mapuches y diaguitas, omaguacas y quechuas fueron dejando su impronta y su herencia cultural en los nombres de los lugares, en las tradiciones ancestrales, en el respeto por la naturaleza y el entorno. Los que llegaron después también hicieron su aporte. Galeses e ingleses en la Patagonia, alemanes en los grandes lagos, españoles y árabes en los valles del sol, criollos que cruzaron tanta memoria para construir culturas nuevas.

Las fiestas no se quedan atrás, nacidas de los primeros pueblos, de los conquistadores o de los inmigrantes. Por algo no se han perdido los carnavales de la Quebrada de Humahuaca, las celebraciones de los copleros vallistos, la magia de las tonadas cuyanas, los camarucos de las comunidades mapuches de la Patagonia, y tantas otras que conservan los sentimientos del pueblo. Las festividades religiosas, muchas de ellas cargadas de sincretismo, también son fruto de los sentimientos arraigados en los paisajes locales.

Sin embargo, el secreto de la Ruta 40 no es solamente lo que muestra a quien se atreve a transitarla sino todo aquello que sucede a su alrededor, porque las distancias se acortan cada vez que los hombres son capaces de hermanarse para compartir sus tradiciones, su historia y su cultura.

Esta singular carretera, la más larga del país, cubre un trayecto de 5224 kilómetros que nacen al nivel del mar y alcanzan los casi cinco mil metros de altitud en el Abra de Acay (Salta). Cruza once provincias de la Patagonia, Cuyo y el Noroeste: Santa Cruz, Chubut, Río Negro, Neuquén, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. Como si fuera el tronco de un árbol gigantesco, la Ruta 40 despliega sus ramas para adueñarse de los maravillosos paisajes que la circundan, serpentea alrededor de las cumbres nevadas, bordea fascinantes lagos y glaciares, trepa por las quebradas y se aproxima al sol.

PATAGONIA: CUNA DE LAGOS Y MONTAÑAS No bien abandona el mar, la Ruta 40 se abraza con la Cordillera de los Andes y la acompaña en su recorrido por cuatro provincias de la Patagonia. En lugar de internarse en la desolada aridez de las llanuras asoladas por el viento austral, el camino se sumerge en los secretos de las cumbres nevadas, en los paisajes que nacen a orillas de los grandes lagos, en los glaciares que guardan los hielos eternos.

Con tramos de ripio que se intercalan con el pavimento, la ruta propone un permanente desafío a la imaginación porque cada desvío abre una perspectiva nueva, cada sendero que se cruza a su paso ex-



ntina.



Coloridos cerros y costumbres ancestrales en el noroeste del país.

r la Ruta 40

tiende los límites del descubrimiento. La magia comienza cuando el camino se aproxima a los Andes, en la provincia de Santa Cruz, y un pequeño desvío conduce imprevistamente hasta El Calafate, que una vez fuera un simple almacén de ramos generales y hoy es la puerta de dos grandes cuencas lacustres, el lago Argentino y el lago Viedma. Allí, el Parque Nacional Los Glaciares guarda uno de los paisajes naturales más excepcionales de la Argentina: los hielos continentales, que como un manto de hielo y nieves eternas cubren la cordillera austral a lo largo de 350 kilómetros.

El glaciar Perito Moreno es uno de los pocos glaciares del mundo que todavía se encuentran en permanente avance e integra, desde 1981, la lista del Patrimonio Natural de la Humanidad. En el sector norte del Parque se destaca por su altura –3375 metros– el imponente macizo del cerro Fitz Roy, que se alza airoso rodeado por los cordones montañosos en las cercanías de El Chaltén. A su alrededor, el bosque cordillerano está cubierto de árboles patagónicos: lengas, cohihues y ñires compiten con los frutos violáceos y las flores amarillas de los calafates entre las cuales se vislumbra, de cuando en cuando, el andar grácil de los huemules. El Parque Nacional Perito Moreno asoma en las cercanías de los lagos Cardiel y Strobel, y más allá se vislumbra el espejo del gigantesco lago Buenos Aires, el segundo en superficie de Sudamérica. El paisaje no ha cambiado mucho desde aquellos lejanos tiempos cuando el salesiano Alberto De Agostini y el mismo Francisco Pascasio Moreno hicieron conocer las maravillas de esta región incomparable. A pocos kilómetros, un sendero abre el paso al cañadón del río Pinturas y la Cueva de las Manos, uno de los más importantes sitios con pinturas rupestres del continente.

Al entrar en la provincia de Chubut, la Ruta 40 transita por pequeños poblados de esta comarca cuyo paisaje comienza a cambiar al aproximarse al valle del río Tecka, sin abandonar la mirada vigilante de los Andes patagónicos. Alto Río Senguer, José de San Martín y Gobernador Costa son el preludio para llegar a la ciudad de Esquel, fundada en 1906 y hogar –junto con Trevelín– de las colonias galesas del siglo diecinueve. No muy lejos circula un pequeño tren, el Viejo Expreso Patagónico o La Trochita, que continúa recorriendo el tramo entre Esquel y Nahuel Pan entre nubes de vapor. Un camino secundario conduce al Parque Nacional Los Alerces y la villa de Futalaufquen, mientras la ruta continúa por los pueblos de Leleque y Epuyén, en las cercanías del Parque Nacional Lago Puelo.

La localidad de El Bolsón es un pueblo de artesanos y artistas, de huertas y existencia calma que forma parte de la "Comarca Andina del Paralelo 42", y señala la llegada a la provincia de Río Negro. Recientemente incorporada al kilómetro 1998 de la Ruta 40, la ciudad de San Carlos de Bariloche es el centro turístico más importante de los grandes lagos, rodeado por las aguas azules del lago Nahuel Huapi, el verdor de los bosques de arrayanes del Parque Nacional, y las laderas siempre nevadas del cerro Catedral. Ya en la provincia de Neuquén, el lago Lácar alberga en sus orillas a San Martín de los Andes, muy cerca de una de las más importantes pistas de esquí de la región, ubicada en las laderas del cerro Chapelco. Una ruta transversal que parte de las cercanías de Collón Curá conduce hacia Junín de los Andes y el Parque Nacional Lanín desde donde se percibe, en medio de un paisaje casi escenográfico, la cumbre de su imponente volcán. Sin embargo, llega el momento de abandonar este paraíso de lagos y montañas, de glaciares y bosques, cuando Chosmalal y el pequeño poblado de Buta Ranquil señalan que hemos alcanzado el final del tramo patagónico de la Ruta 40.

DE MENDOZA A LA RIOJA: TIERRA DE VINO Y SOL Poco a poco fue quedando atrás la región de los grandes lagos, y Cuyo propone un nuevo tramo de esta ruta que parece no tener fin. El cambio que se observa en el paisaje parece abrupto y sin embargo sorprende cuando comienza a inundarse con el colorido de los viñedos centenarios, los callejones arbolados a cuyos lados nace una línea interminable de sauces, los pequeños oasis de los fértiles valles donde nace la ruta del vino.

La provincia de Mendoza, con su clima seco y soleado, creció gracias a la prosperidad de sus viñedos y olivos pero no abandona los cerros nevados: desde Malargüe, un nuevo desvío conduce al centro internacional de esquí del Valle de las Leñas. En el Valle de Uco, un callejón arbolado lleva hasta Tunuyán, tierra de vinos añejos al igual que San Carlos, uno de los pueblos más pintorescos del valle. Luján de Cuyo,

>>>



Cuyo: la 40 bajo la sombra de las alamedas que protegen viñedos y cultivos.

LA QUIACA

El final del camino

Parece no terminar el largo y desolado camino de la Puna, que comienza en la localidad de Abra Pampa, donde la Ruta 40 se superpone con la Ruta 9, cuando asoma el pavimento y una ancha calle pone a la vista un pueblo sencillo y cálido. Un descolorido cartel indica: "Kilómetro 5000. Bienvenidos a La Quiaca. Ushuaia 5121 kilómetros". En realidad son 5224 kilómetros los que separan a cabo Vírgenes del extremo de la Ruta 40, en la frontera con Bolivia.

Es curioso, pero La Quiaca debe ser uno de los pocos pueblos que nacieron antes de ser fundado. En 1647, el lugar más importante de las cercanías era un pequeño poblado y la casa hacienda del marqués de Yavi y Tojo, don Pablo Bernárdez de Ovando, dueño de enormes extensiones de tierras y encomiendas en Tarija (Bolivia), Casabindo, Cochinoca y Yavi.

Corría el año 1772 cuando el visitador Alonso Carrió de la Vandera, que había sido comisionado por la corona española para crear las líneas de postas y abrir las rutas del comercio con el Alto Perú, fundó una posta en el límite entre las jurisdicciones de Buenos Aires y Potosí. Conocido por sus dotes literarias con el seudónimo de "Concolorcorvo", Carrió volcó en *El lazarillo de ciegos y caminantes* las increíbles experiencias de aquellas tierras que parecían intransitables, describió costumbres y paisajes y demostró que recorrer esos extensos territorios era algo más que una utopía.

Recién en 1883 se demarcaron las primeras áreas de "terrenos para solares de población y ejidos", y tres años después nació la primera escuela en el poblado que se iba formando alrededor de la sencilla casa de adobe destinada a posta de correos. La ruta ya era transitada cuando se decidió construir el tramo de trocha angosta de la línea férrea que uniría San Salvador de Jujuy con aquel pequeño poblado de frontera que apenas ocupaba veinticinco manzanas. Por fin, el 28 de febrero de 1907 tuvo lugar la fundación formal de La Quiaca, destino final del largo y emocionante viaje por la Ruta 40.



La Ruta 40 cruza el macizo del Famatina por la riojana Cuesta de Miranda.



Compañera de los Andes, la 40 enlaza la columna vertebral del país.

>>>

famosa por sus viñedos y su colorido paisaje, deja paso a la ciudad de Mendoza, fundada en 1561 por Pedro del Castillo y hoy la urbe más importante de esta región. En pleno centro, en el cruce de las calles San Martín con Garibaldi, estaba el antiguo "kilómetro 0" de la Ruta 40 cuando se dividía en dos tramos, uno que conducía al Sur y otro que se dirigía al Norte.

A sólo una hora y media de camino se encuentra la capital sanjuanina, fundada apenas un año después que Mendoza en el Valle de Tucma, población a la que el escritor Arturo Capdevila definió una vez como la "ciudad de las estatuas". Antiguo territorio de los huarpes cuyanos, San Juan es el lugar donde reside el sol. La Ruta 40, hoy totalmente pavimentada, es el eje central de la provincia que transcurre apaciblemente entre serranías y tierras fértiles donde prosperan las vides y los olivos. La soledad de estas tierras extensas se ve interrumpida ocasionalmente por pequeños y apacibles poblados como Talacasto, Huaco o San José de Jáchal. Pero los vericuetos de la Ruta 40 son insospechados, y hace falta continuar hasta Guandacol y Villa Unión, en La Rioja, y atravesar la Cuesta de Miranda para descubrir uno de los mayores atractivos turísticos compartidos por ambas provincias. A ambos lados de la frontera que separa San Juan de La Rioja se encuentran los parques naturales de Ischigualasto (el Valle de la Luna) y Talampaya, que juntos representan una de las reservas paleontológicas más importantes del planeta.

Retomando el camino del vino, Chilecito es la segunda ciudad riojana y en ella todavía se conserva la finca Samay Huasi, que perteneciera al escritor Joaquín V. González. La región fue en otra época un importante centro minero, cuando todavía se explotaba el yacimiento de oro de "La Mexicana". Esta tierra de caudillos y pioneros no parece conformarse solamente con las bellezas del paisaje, y enseña a cada paso pequeños retazos de la historia cuyana, enlazada por esta Ruta 40 que parece empeñada en preservar nuestra memoria.

EN EL NOROESTE: HACIA LA PUNA No bien deja atrás la aridez de los llanos riojanos, la Ruta 40 se introduce sin preámbulos, desde Catamarca, en el majestuoso corredor de los Valles Calchaquíes. El pequeño pueblo de Londres, que se levanta a ambos lados del camino, fue la segunda ciudad más antigua fundada en Argentina después de Santiago del Estero. Muy cerca de allí pasaba el trazado del Camino del Inca, junto a las imponentes ruinas de El Shincal. Sin embargo, la verdadera puerta de acceso a los Valles Calchaquíes es la localidad de Belén, ubicada en un hermoso valle rodeado por cordones montañosos y coloridas quebradas. Como tantos otros pueblos de los valles, Belén es cuna de artesanos y tradiciones.

La ruta también alberga a la pequeña e histórica localidad de Hualfin, y a la ciudad de Santa María, donde los pequeños valles comienzan a teñirse de rojo coloreados por los secaderos de pimientos. Las ruinas de Fuerte Quemado, sobre la margen izquierda del río Santa María, testimonian diferentes períodos de la ocupación indígena. Como una cuña, Tucumán se introduce sin pedir permiso en un pequeño tramo de la Ruta 40. Allí, en las cercanías de Amaicha del Valle, las imponentes ruinas de la ciudad prehispánica de los quilmes se despliegan sobre la ladera del cerro Alto del Rey, custodiadas por las figura irreverentes y solitarias de los cardones.

De pronto, Salta parece adueñarse de la naturaleza: *Los Valles no son más que unos oasis* –escribía hace algunos años Juan Carlos Dávalos–, *manchas de verdor escondidas aquí y allá junto a los ríos, y en las vegas y quebradas transversales de la cordillera*. El alma de esta parte de los valles reside en Cafayate, la "tierra donde vive el sol", madre de diaguitas y calchaquíes y cuna del vino torrontés, fundada en 1840 en la unión de los valles Santa María y Calchaquí con la Quebrada de Las Conchas. Hacia el Norte, la primera mirada a San Carlos muestra un caserío detenido en el tiempo y, más allá, Angastaco despierta la imaginación ante el abrumador paisaje de la Quebrada de las Flechas. Son tantos los pueblos que nacen a uno y otro lado del valle, tan hermanos y a la vez tan diferentes. Seclantás, un pequeño poblado de tierras añejas, anuncia la proximidad de Cachi, un pueblo que derrama su blancura en medio de un valle de tierra fértil, rodeado de alfalfares y plantaciones de pimientos. Por fin, el Abra de Acay conduce a través de las alturas al pueblo dormido de San Antonio de los Cobres, mientras la Ruta 40 se entrelaza una y otra vez con las vías por las que circula el Tren de las Nubes, luego de cruzar el Viaducto La Polvorilla.

Ya demasiado lejos del mar, en Jujuy el camino de ripio supera los 3000 metros de altura y se adentra en las desérticas altiplanicies de la Puna. Paralela a la Quebrada de Humahuaca, bordea tranquilamente el océano blanco e infinito de las Salinas Grandes, se acerca a Cochinoca y Casabindo y termina por encontrarse, en Abra Pampa, con la Ruta 9. Como si fueran hermanas, emprenden juntas el último tramo del recorrido hacia su destino inevitable: La Quiaca será el final de la Ruta 40, el descanso después de un largo y maravilloso viaje. ✺

PRODUCCIÓN: PAGINA/12.
TEXTOS: MARINA COMBIS.
FUENTE Y FOTOS: SECRETARIA DE TURISMO DE LA NACION.

LA 40

A través de su historia

Despuntaba el siglo XV y España todavía no había soñado con América. En la Cordillera de los Andes, el Imperio Incaico se encontraba en su máximo esplendor y había iniciado la construcción de una compleja red caminera de cuarenta mil kilómetros de largo que partía del Cuzco para llegar por el Norte hasta el Ecuador y por el Sur hasta el centro de la Argentina. Casi 5000 kilómetros tenía el tramo sur del cual se desprendían numerosos caminos transversales que unían la ruta con los sistemas de "tambos", centros administrativos, poblaciones, terrenos agrícolas y minas. En Argentina, el Camino del Inca o *Inkañan* atravesaba las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, y sus huellas pueden verse todavía en las alturas de la Puna, en San Antonio de los Cobres, en el Abra de Acay, en las cercanías de Cafayate, en las ruinas catamarqueñas de El Shincal y Fuerte Quemado, en la Tambería del Inca de Chilecito, en la sanjuanina Jáchal o en el Puente del Inca de Mendoza.

Luego de la conquista, muchos de estos caminos fueron reutilizados por los españoles, y se convirtieron en las vías de circulación habituales entre el Tucumán y el Alto Perú. Durante la época virreinal, por estos importantes caminos circulaban carretas cargadas de bienes y productos, impresionantes arreos de mulas y ganado, viajeros que se atrevían a soportar los largos meses que demandaba el trayecto. En 1771, las autoridades dieron un nuevo impulso a las comunicaciones estableciendo un complejo sistema de postas, que eran paradas para el recambio de caballos y el descanso de los viajeros. El Itinerario Real de Postas comprendía, entre otras, la "Carrera del Perú" que en territorio argentino se extendía entre Tucumán y Yavi, para continuar rumbo a Potosí, y la "Carrera de Mendoza" que desde el río Tercero, en Córdoba, se dirigía a Chile cruzando la Cordillera.

Después de la Independencia, las nacientes provincias comenzaron a desarrollar sus propias redes camineras, en un lento proceso que fue acompañando la expansión de las fronteras, hasta consolidar un sistema vial que recién tomó forma a principios del siglo XX, para unir el país de Norte a Sur y de Este a Oeste. En 1935 se inauguró oficialmente la Ruta Nacional 40, que fue dividida en dos sectores que partían del "Kilómetro 0", ubicado en el centro de la ciudad de Mendoza. El Sector Norte cubría 1551 kilómetros y terminaba en la localidad de Abra Pampa, en la provincia de Jujuy. El Sector Sur atravesaba la Patagonia hasta alcanzar Punta Loyola, en Río Gallegos, luego de un largo recorrido de 3115 kilómetros.

A partir de noviembre de 2004, la Ruta 40 cambió definitivamente su destino para convertirse en uno de los más importantes ejes turísticos y de integración territorial del país. El mojón "0" se ubicó en el cabo Vírgenes de la provincia de Santa Cruz, el punto más austral de la Argentina continental, para finalizar su recorrido en la localidad de La Quiaca, en el extremo norte de la provincia de Jujuy. ✺